



**Universidad  
Zaragoza**

# **Trabajo Fin de Grado**

LA MUERTE EN LA EDAD MODERNA:  
LA CONCEPCIÓN DE LA MUERTE Y DEL BUEN MORIR

DEATH IN THE MODERN AGE:  
CONCEPTION OF DEATH AND “ARS MORIENDI”

Autor

**Mario García Clavero**

Director

**Francisco José Alfaro Pérez**

Grado en Historia

Facultad de Filosofía y Letras

2019

## ÍNDICE

<b>1. Introducción .....</b>	<b>3</b>
1.1 Justificación del tema .....	4
1.2 Estado de la cuestión .....	4
1.3 Objetivos.....	5
1.4 Metodología.....	5
<b>2. Actitudes ante la muerte: entre las creencias y la realidad .....</b>	<b>6</b>
2.1 La tradición occidental del <i>Ars Moriendi</i> y los preparativos del moribundo en la Edad Media .....	6
2.2 La muerte en el régimen demográfico antiguo .....	14
2.3 La percepción de la muerte en la Edad Moderna. ....	16
I. Miedo y superstición: el mundo trastornado.....	23
II. El purgatorio .....	24
III. El negocio de la muerte .....	28
2.4 El Concilio de Trento .....	31
IV. Ideas generales .....	31
V. Consecuencias.....	32
<b>3. Conclusiones.....</b>	<b>34</b>
<b>4. Relación de fuentes, bibliografía y recursos o materiales utilizados .....</b>	<b>35</b>

## 1. Introducción

El tema de la muerte ha sido tratado por numerosos autores e investigadores durante toda la historia hasta la actualidad y una de ellas, Elisabeth Kübler-Ross, ha descrito el momento de morir de la siguiente manera:

*“Esta experiencia es general, independiente del hecho de que se sea aborigen de Australia, hindú, musulmán, creyente o ateo. Es independiente también de la edad o del nivel socio-económico, puesto que se trata de un acontecimiento puramente humano, de la misma manera que lo es el proceso natural de un nacimiento”.*<sup>1</sup>

Tal es así que hoy en día nos sigue preocupando la muerte y es tratado en la actualidad como un tema tabú, a diferencia de la Edad Moderna, donde la muerte era vista como una etapa más de la vida, la cual conducía al más allá. La anterior especialista también ha reflejado como percibimos y concebimos la muerte en la actualidad de la siguiente manera:

*“Creo que hay muchas razones por la que no se afronta la muerte con tranquilidad. Uno de los hechos más importantes es que, hoy en día, morir es más horrible en muchos aspectos, [...], es algo solitario, mecánico y deshumanizado; [...] El morir se convierte en algo solitario e impersonal porque a menudo el paciente es arrebatado de su ambiente familiar y llevado a toda prisa a una sala de urgencia. [...] El paciente hoy sufre más, no físicamente quizá, pero si emocionalmente. Y sus necesidades han cambiado a lo largo de los siglos, sólo nuestra capacidad para satisfacerlas”.*<sup>2</sup>

Estudios recientes demuestran que el tener cerca a alguien significativo, familiar o amigo, es una de las cosas más importantes para el moribundo en sus últimos momentos de vida. Por lo tanto, estos estudios que se están llevando a cabo nos pueden ser de mucha utilidad para poder comprender cómo hacían frente a la muerte, especialmente

---

<sup>1</sup>. KÜBLER-ROSS, Elisabeth, *Sobre la muerte y los moribundos*, Barcelona, Grijalbo, 1993, pág. 22.

<sup>2</sup>. *Ibid*, pág, 24.

tras generalizarse los manuales del bien morir a partir del siglo XV. Ya entonces entendían que el moribundo necesitaba una serie de cuidados para recibir una muerte digna y buena sin sufrir lo menos posible, incluso el mero tacto de aquellos a quienes amaban podía ser *“un antídoto contra el temor y la ansiedad”* en esos momentos (Astudillo y Mendinueta, 2005, p. 141).

Uno de los historiadores que más se interesó por la muerte y las actitudes que tenía la población ante ésta fue el francés Philippe Ariès, el cual notó que desde la alta Edad Media hasta la mitad del siglo XIX la actitud de los hombres ante la muerte fue cambiando pero de manera tan lenta que los contemporáneos no se dieron cuenta.

### **1.1 Justificación del tema**

El tema elegido para la elaboración del trabajo fue en consenso con mi tutor. He escogido este tema porque me parece muy interesante el hecho de estudiar más en profundidad cómo percibían la muerte y, por ende, cómo se preparaban ante ella. Me atraía la muerte en la Edad Moderna porque me parece una época muy interesante para el estudio de ésta, ya que, como he reflejado en el trabajo, se ve muy influenciada por lo acontecido en la Edad Media, tanto a nivel social, psicológico y religioso. Otra de las motivaciones para realizar el trabajo sobre la muerte es el hecho de afrontar este tema, ya que en la actualidad es tratado como tabú, mientras que, gracias a este trabajo, me he podido dar cuenta que para ellos era algo más cotidiano y normal, ya que estaban más familiarizados.

### **1.2 Estado de la cuestión**

Temas como este están siendo estudiados e investigados en los últimos años, ya que hasta hace poco no habían sido considerados como objeto de estudio. Poco a poco se van ampliando los horizontes de estudio y la actitud ante la muerte está siendo uno de ellos. En el estudio de las actitudes del hombre ante la muerte van a destacar, sin duda, Philippe Ariès y Michael Vovelle. Éstos, junto a otros investigadores, se han preocupado de estudiar todo lo que rodea a la muerte, como los funerales, rituales, tumbas, creencias y los testamentos, los cuales fueron considerados por M. Vovelle

como una herramienta fundamental y precisa para conocer las actitudes ante la muerte, para así dar una visión general de cómo percibían la muerte.

En este caso se está apreciando un creciente interés por este tipo de literatura tan específica como son las artes del bien morir, género muy abundante en España en los siglos XVI y XVII y cuyo estudio está deparando grandes e interesantes investigaciones. Obras como la de Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias* (1993) y Ricardo García Cárcel, *La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen (Aproximación metodológica)* (1984) reflejan este interés sobre todo lo que rodea a la muerte.

### **1.3 Objetivos**

El objetivo principal es estudiar en profundidad la concepción que tenían sobre la muerte y cómo actuaban ante ella, sobre todo, tras la publicación y divulgación del *Ars moriendi* durante el siglo XV. No se trata de un estudio metodológico de los distintos tratados que se fueron publicando en la Edad Moderna, sino de entender y comprender las circunstancias que les llevaron a poner por escrito cómo debía de ser una buena muerte. En segundo lugar, otro de los objetivos es diferenciar lo que para ellos era una buena muerte de una mala muerte. En tercer lugar conocer el papel fundamental que jugó la Iglesia en todo este entramado y sobre todo tras el Concilio de Trento, ya que quedaron como únicos poseedores del monopolio de la muerte. Y por último, estudiar las diferencias sociales y económicas que podían existir a la hora de la muerte.

### **1.4 Metodología**

La metodología que he aplicado para la realización de este trabajo ha sido, en su mayoría, de fuentes secundarias tanto de libros como de artículos. También he tenido que visitar alguna web, ya que algunos artículos y publicaciones que se han hecho sobre estos temas están publicados directamente en portales y revistas de internet. Algunas de estas obras me han llevado a consultar fuentes secundarias donde analizaban alguna fuente primaria, ya que para éste tema las fuentes notariales y testamentarias son cruciales.

## **2. Actitudes ante la muerte: entre las creencias y la realidad**

### **2.1 La tradición occidental del *Ars Moriendi* y los preparativos del moribundo en la Edad Media**

La muerte era un tema que impregnaba la sociedad medieval y las posibles transformaciones en el discurso sobre la muerte entre el pleno y el bajo Medievo se pueden plantear en varios términos: las calamidades, como la peste, las guerras y el hambre, solían profundizar o provocar algunas variaciones en los sentimientos que podían tener, pero los modelos discursivos seguían siendo los mismos. Las órdenes religiosas jugaron un papel fundamental a la hora de depositar los restos mortales, al igual que la Iglesia y la religión, las cuales tuvieron también un papel crucial y lo siguieron teniendo durante la modernidad.

La peste cambió por completo a la sociedad europea y, por ende, la concepción que se tenía sobre la muerte, ya que a partir de la baja Edad Media se va a percibir una muerte repentina y salvaje. Por tanto, la enfermedad se identificaba con la fatalidad. Además se enfrentaban a la muerte inesperada y difícil de preparar, lo que rompió los esquemas del proceso natural del acto del buen morir. La idea interclasista de la muerte ya había sido un tema tratado por la propia Iglesia. Textos como las *Danzas de la Muerte* tomaban el hecho universalista de la muerte como un instrumento de crítica social y venían a confirmar que ésta no entendía de clases sociales, ya que todos iban a tener el mismo destino mortal que los más humildes (Mitre, 1994). Además, entre las clases dominantes había una idea generalizada y era que debían morir en el estado y condición en el que habían vivido para así gozar de un enterramiento acorde a su dignidad.

El miedo ha estado presente en la sociedad occidental y tal y como afirma Ángel Rodríguez Sánchez, hay tres grandes miedos presentes en la memoria colectiva: a la catástrofe (sequías, plagas, inundaciones, fuego), a la escasez (malas cosechas, hambre, paro, pobreza) y a la muerte, en forma de epidemias, guerras, accidentes, enfermedades... (Rodríguez, 1994). Esto, a su vez, generaba varias respuestas sociales, una de ellas era la solidaridad ante el prójimo para aminorar la angustia y el dolor y la

otra fue de carácter más inmaterial para intentar desprenderse del miedo mediante plegarias, rogativas y penitencias. Ésta última era una respuesta de carácter colectivo ante un problema cuya solución pretendía trasladarse al más allá para conseguir la salvación. Se podía pedir desde la lluvia, mejoras temporales, buenas cosechas, curación de enfermedades o poner fin a una guerra.

Durante los años bajomedievales, el miedo, la inquietud, la angustia, el temor y la curiosidad al más allá fueron construyendo en el imaginario colectivo de la época una mentalidad que, a día de hoy, tal y como afirma Philippe Ariès *“la muerte es silenciada y es considerada de mal gusto hablar de ella”* (Ariès, 1982). Este tema no deja de ser complejo y fascinante a la vez, ya que indagar sobre estas cuestiones, las mentalidades y las actitudes ante la muerte pueden llevarnos a equivocarnos, ya que como planteó Gurievich en su libro *Las categorías de la cultura medieval* (1990), es muy fácil proyectar en el ayer todas nuestras propias expectativas, como temores, miedos e intereses individuales y colectivos, hasta transportar la imagen que tenemos de lo que ellos y ellas tuvieron que pensar y sentir. Por tanto, a la hora de estudiar estos temas tan complejos hay que evadirse de esto último y no proyectar en el ayer el pensamiento de la actualidad, sino todo lo contrario, abstraernos de las mentalidades y pensamientos actuales para poder comprenderlos.

Otra de las máximas del pensamiento bajomedieval europeo es que no todos creían en que había otra vida en el más allá y esta idea también estará presente en época moderna. Sin embargo, tenemos constancia de que una gran parte de la sociedad creía en el más allá y así lo reflejaban en las últimas voluntades. Los sínodos y los concilios eran los encargados de castigar a estas personas que no pensaban en el más allá ni en la resurrección de los muertos. Ejemplos claros tenemos en Aragón, entre 1488 y 1494, donde los testigos que sobrevivieron a estos procesos aseguraron que no era ni de la ley de los cristianos, ni de los moros, ni de los judíos, puesto que era imposible saber la verdad: *“De mí os digo que creo que no ay sino nacer y morir”*, a lo que añadían: *“lo que del otro mudo se dizía, que era burla: que nuqua ende venía ninguno”* (Sesma Muñoz, 1992, p. 372).

Otro de los aspectos relevantes y que se acabará acentuando en época moderna será la costumbre de ir al notario para dejar por escrito el testamento. Por tanto, ya desde la Edad Media será muy importante el testamento y se acabará consolidando en la

Edad Moderna. La muerte era una cuestión omnipresente en la cultura social, muestra de esto es el arte macabro, una corriente artística donde el tema central era la muerte.

Estas obras donde se hablaba de la muerte tenían varias intenciones: por un lado presentaban una intención religiosa clara, recordando que los goces del mundo eran perecederos y que había que estar preparado para morir “cristianamente”, y por otro lado, había una intención satírica. La obra *Danza general de la Muerte* fue escrita hacia principios del siglo XV en castellano y de autor anónimo. La muerte era considerada como un tránsito, pero la Muerte en mayúsculas es la personificación de un esqueleto medio grotesco que hacía danzar a todos los miembros de los distintos estados sociales (Caro, 1978). Las representaciones gráficas de la “Danza de la muerte” o “Danza macabra” se fueron reproduciendo y popularizando en todo el Occidente de Europa.

Durante toda la obra se observan figuras de los tres estamentos sociales medievales, nobleza, clero y plebe, los cuales son invitados sucesivamente por la Muerte a unirse a su danza. En parte sabemos que el hombre medieval estaba familiarizado con la idea de la muerte por estos libros, tal es así que la convirtieron en motivo artístico. En estas representaciones se hace alegoría del hambre, de la peste y de la guerra, casi siempre armada, solía aparecer como el jinete del Apocalipsis arrasando y destruyendo todo lo que encontraba a su paso (Morel, 1990).

Cabe destacar que este tipo de imágenes y de sermones solían hacer mella en la mentalidad de las masas, ya que no hay que olvidar que nos encontramos en una sociedad poblada por analfabetos. La sepultura también jugó un papel crucial en todo este proceso y es que también había una jerarquización una vez muerto. Esta diferencia social se veía en la propia ubicación del enterramiento e incluso en las danzas macabras, donde la propia Muerte convoca a los mortales y les obliga a bailar a su son, pero por orden de relevancia, siendo el campesinado el último.





*La Danza de la Muerte*, de Michael Wolgemut (siglo XV)

No es casualidad que en el siglo XIV se imponga la extremaunción como gesto fundamental de la sacralización de la muerte, ya que en el siglo XIII se empieza a recomendar la realización de testamento a través de varios concilios, lo cual iba a beneficiar a la Iglesia, engrosando así su patrimonio a cambio de oraciones y misas. Por tanto, habrá dos tiempos distintos en la contemplación de la muerte para el hombre medieval: una hasta 1300 donde la muerte es algo que está familiarizada, los cementerios incluso eran lugares públicos de reunión y de espectáculos (Mitre, 1986-1987). Pero sin duda, el descubrimiento de la muerte particular, debido a la necesidad de prepararse para evitar el infierno y esperar el purgatorio, trastocará los hábitos y costumbres al respecto (Le Goff, 1981) . Estos hábitos irán desde el miedo a la muerte y sus consecuencias, comenzando por sacralizar el tránsito a la otra vida a través de la penitencia y la extremaunción, hasta predicar y empezar a divulgar textos sobre las *Artes del bien morir*, manuales destinados a los moribundos para asumir y prepararse para la muerte. Según P.Ariès, “*el tiempo escatológico que existía entre la muerte de cada individuo y el juicio que iba a tener lugar al final de los tiempos desaparece con las Artes. Ya no acontecerá al final de los tiempos como sucedía hasta el siglo XII, ni*

*tampoco después del óbito como en el XIII, sino en la misma habitación del moribundo, en torno a su lecho” (Ariès, 2000).*

A finales del siglo XIV nos encontramos con que la muerte aparece de pronto en todo su horror. Rebeca Sanmartín Bastida señala que el moribundo se enfrentaba a su muerte muy solo y muy acompañado al mismo tiempo ya que no estaba rodeado de las personas que le querían, sino de fuerzas del bien y del mal pertenecientes al más allá (Sanmartín, 2006). Numerosos historiadores afirman que se produce un cambio en la concepción del último trance al final de la Edad Media que tiende a desplazarlo de la conciencia colectiva a la conciencia individual. El resultado inmediato fue la desvaloración de la Resurrección universal en pro a la valoración del Juicio particular (Morel, 1990).

Además, con los sermones de los clérigos alentaban aún más a los feligreses con la posibilidad de una muerte definitiva y de sufrimiento eterno a quienes falleciesen en pecado mortal. Por tanto, no es de extrañar que desde el siglo XV se empezaran a divulgar manuales del buen morir y más si nos fijamos en los efectos psicológicos que ocasionó la gran peste de 1348 en Europa, las hambrunas y guerras. En 1403 Juan Gerson redactó un opúsculo con el nombre *De scientia* en el cual intentaba aleccionar a los moribundos para que aceptasen la muerte como algo venido de Dios (Falcón y García, 2006). Las personas encargadas de cuidar a los moribundos se debían de asegurar que éste había testado y se había confesado. Además solían acercar las imágenes de mayor devoción para el moribundo y les leían las escrituras que mayor piedad le suscitaban (Aurell i Cardona y Pavon, 2002).

Tras el Concilio de Constanza (1414-1417) se empezó a divulgar por Europa una obra anónima con el nombre de *Ars moriendi* o *Ars bene moriendi* la cual tuvo un éxito rotundo y se asentará como uno de los manuales fundamentales durante la Edad Moderna. Se trataba de un libro que explicaba cómo tratar al moribundo en los últimos momentos de su vida e iba dirigido a todas las personas, clérigos, cristianos, religiosos y laicos. Había una versión corta que fue traducida a numerosos lenguas: al alemán, holandés, francés, castellano y catalán; mientras que la versión larga no sólo fue traducida a estas mismas lenguas sino que también hubo ediciones al inglés y al italiano. Su divulgación no habría sido posible sin la difusión y arraigo de la creencia en el juicio particular y sin la intervención de las órdenes mendicantes de los dominicos y los

franciscanos. Este texto, según indica Ana Luisa Haindl, recogía una tradición que se remonta a los orígenes de la Iglesia, ya que, como se documenta en el Concilio de Nicea de 325, la muerte se consideraba desde entonces “*el momento clave para la salvación de las almas*” (Haindl, 2009).

La versión larga se divide en seis partes bien diferenciadas: primero una introducción general que habla sobre el arte de morir, en segundo lugar están las tentaciones del moribundo, en tercer lugar las preguntas que se le formulaban, en cuarto lugar las oraciones que le convenía rezar, en quinto lugar cómo debían de comportarse los que le rodeaban y por último los rezos que eran apropiados. Sin embargo, la versión corta de este manual sólo consta de las tentaciones del moribundo precedida de una introducción y una conclusión.

Además, otra cosa que diferencia a las dos versiones es que la corta consta de once grabados correspondientes a las cinco tentaciones del diablo y la larga no contiene ningún grabado.

A través de estas *Artes* la Iglesia consideró a comienzos del siglo XV que el aprendizaje de la doctrina espiritual podía alcanzar tanto a los que sabían leer como a los que desconocían las letras y que la solución se encontraba en la unión de texto literario y representaciones gráficas en un mismo libro. La versión corta logró una conexión perfecta entre el texto y las imágenes: por un lado el texto trataba de enseñar a bien morir defendiéndose de las tentaciones del diablo para alcanzar el paraíso, y por otro lado, las imágenes potenciaban dicho texto. De esta versión corta contamos con dos traducciones, una en castellano y otra en catalán. La primera se encuentra editada tipográficamente en Zaragoza por Pablo Hurus y Juan Planck (1479-1483), mientras que de la segunda contamos con tres ediciones: la de Zaragoza por Juan Hurus hacia 1488-1493, la edición de Valencia, en 1497, y la edición de Barcelona, por Gabriel Pou en 1507.

Tal y como afirma Ana Luisa Haindl, el *Ars moriendi* buscó crear consciencia acerca de la propia muerte subrayando el carácter religioso, a diferencia de la *Dança de la muerte* que subrayaba el carácter satírico-profano. Aunque ambas se incrustaban dentro de la misma función pedagógica, ya que procuraban una buena muerte al moribundo. Algunos investigadores afirman que la lectura de estos manuales se solía hacer durante la agonía del moribundo pero a manos de algún clérigo, sin embargo,

otros autores no descartan que algunas personas leyera estos manuales durante las etapas de vida saludable como forma de preparación para la muerte.

El moribundo debía centrarse en repetir algunas fórmulas y oraciones abandonando cualquier pensamiento ajeno a ellas y así lo recoge la versión castellana del *Ars moriendi* en el capítulo XI:

*“Si el que está en la agonía e articulo de la muerte pudiera hablar e usar de la razón, trabaje por ocuparse en oraciones, primeramente llamando a Dios e suplicándolo que tenga por bien de rescibir a él en su gloria, por la su sactíssima e maravillosa misericordia e por la virtud de su Passión. Segundo, diligentemente invoque e llame a la Gloriosa e Sacratíssima Virgen Señora Santa María, suplicándola que sea su abogada e medianera. E dende, ruegue a todos los ángeles, e especialemte al ángel deputado por su guarda, e así mesmo a todos los santos apóstoles, mártires, confesores e vírgines. Empero, más specialmente ruegue e se encomiende a aquellos santos o santas en los quales primero seyendo sano tenía devoción e los honrrava o servía e amava, cuyas imágenes, con la imagen del crucifacio, le deven ser representadas”.<sup>3</sup>*

Con las *Ars moriendi* nos vamos a encontrar una variante: la habitación será invadida por seres sobrenaturales que se apiñan en la cabecera del yacente suplantando así a los allegados. Por un lado la Trinidad, la Virgen y la corte celestial, mientras que en el otro lado se encontraban Satán y el ejército de los demonios monstruosos (Ariès, 1987). Esta visión, como nos recuerda P. Ariès, solo era vista por el moribundo. Para Jean Gerson lo más importante era lograr que el alma viviera para siempre, por tanto, no sólo el agonizante debía cumplir una serie de prescripciones para lograrlo, sino que también quienes estuvieran junto al moribundo debían de leerle historias y oraciones.

Un ejemplo claro de todo esto es el siguiente:

---

<sup>3</sup>. GONZÁLEZ ROLÁN, Tomás, SAQUERO SUÁREZ, Pilar y CAEROLS PÉREZ, José Joaquín: *Ars moriendi: el "Ars moriendi" en sus versiones latina, castellana y catalana: introducción, edición crítica y estudio*. Madrid, Ediciones Clásicas, 2008.

*“[...] no debían dejarlo en paz ni un solo instante; cantando salmos en alta voz para silenciar cualquier palabra involuntaria de insumisión y sujetándolo crudamente para que no diera coces, acosaban al infeliz con un chorro ininterrumpido de preguntas e interrogaciones devotas”.<sup>4</sup>*

De ahí la importancia que tenía la presencia de un compañero adecuado, fiel y devoto para ayudar al moribundo en éste tránsito, tal y como recomendaban en los manuales del buen morir. Los temores que podía experimentar el moribundo durante las tentaciones del diablo, según el *Ars moriendi*, eran aquellos pecados de los que no se habían confesado, pecados imposibles de perdonar tanto por su gravedad como por su número (Añua Tejedor, 2017).

El testamento jugó un papel crucial, ya que evitaba así las preocupaciones terrenales y permitía al individuo concentrarse en el arte de morir bien. Conforme nos aproximamos a la muerte, como muchos moribundos han relatado, atravesamos cinco fases: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Si a lo largo de estas fases el moribundo se encontraba acompañado por un ser querido, podían alcanzar con más éxito la fase de aceptación (Kübler-Ross, 1993). El miedo y la ansiedad solían aparecer en los últimos momentos antes de fallecer y este tema es uno de los más investigados en la actualidad (Thompson, 1997). La importancia del testamento conocerá su auge a finales del medievo, consiguiendo así la proliferación de los clérigos como notarios. Esto provocó un vínculo automático entre testamento y confesión, ya que el moribundo podía correr el riesgo de no ser enterrado cristianamente si no dejaba hecho el testamento.

Para unos el *Ars moriendi* servía también para instar a los moribundos a testar, ya que recordaban sus bienes temporales siempre y cuando se persiguiera la salvación de su alma a través del testamento y de una muerte cristiana. Es en este momento cuando la Iglesia añadirá cláusulas piadosas a las profanas ya existentes en busca de un mayor control, sumando a la elección del lugar de sepultura y a las ceremonias, conmemoraciones y donaciones caritativas la designación de los herederos (González, 2008). Las órdenes mendicantes fueron muy importantes en todo este entramado, ya que solían ser las que redactaban los testamentos como notarios, de ahí que los moribundos demandasen tanto los cementerios como las iglesias de las órdenes mendicantes. Por

---

<sup>4</sup>. *Ibid.*

tanto, el auge de estos manuales cubría las necesidades y los intereses de la población, ya que conjugaba una devoción tanto cristiana como mágica, pues permitía el uso del *Ars* como talismán.

## **2.2 La muerte en el régimen demográfico antiguo**

Un rasgo característico de la mortalidad del Antiguo Régimen es la elevada mortalidad infantil. Esta situación se agravó en los países del mediterráneo, donde las altas tasas de mortalidad de los niños de entre 1 a 4 eran muy altas. Esta alta mortalidad tenía mucho que ver con la propagación de enfermedades del aparato digestivo, las cuales provocaban diarreas, deshidratación y la muerte prematura. En el caso español, los niveles de esperanza de vida más altos se encontraban en el norte peninsular, siendo las regiones meridionales las que menos esperanza de vida tenían. El clima y el hábitat influía mucho en la esperanza de vida, ya que en el norte, al no tener ciudades muy masificadas y vivir la mayoría de las personas en aldeas pequeñas o casas aisladas, las enfermedades infecciosas no se propagaban con tanta facilidad como en las ciudades del sur de la península, ya que en los núcleos urbanos se creaban situaciones favorables para la propagación de enfermedades (Moreno, 2004).

En este caso se puede diferenciar dos tipos de muerte:

- A. La buena muerte o muerte natural.** Morir en la cama, en casa y rodeado por tus familiares y amigos era considerado una buena muerte. Llegaba tras cumplirse todos los preparativos y procedimientos, habiendo recibido así la extremaunción y haber confesado. Dicha preparación hacía que aumentase la tranquilidad de la persona que se estaba preparando para la muerte. Si ésta se producía sin agonía, se entendía que había habido buen tránsito de una vida a otra. En este caso, los manuales del buen morir aconsejaban sobre todo esto y se popularizarán en el mundo católico tras el Concilio de Trento.
- B. La mala muerte, inesperada y violenta.** Una muerte donde no había habido una previa preparación era angustioso y más en una sociedad donde había muchos accidentes y muchas muertes violentas e inesperadas. En este caso era fundamental que los niños fuesen bautizados rápidamente para que, en el caso de que falleciesen, pudieran salvarse.

El miedo que podían tener en cuanto a la muerte va ligado, sobre todo, con el miedo a las enfermedades. En este aspecto, en el Antiguo Régimen, casi todas las enfermedades tenían un origen infeccioso y se propagaban a la población en forma de epidemia y de forma rápida. Sin duda alguna la enfermedad que suscitaba más miedo en el ideario colectivo era la peste. Existía una tradición desde la baja Edad Media y, por tanto, era un miedo que estaba latente en la población. Desde 1346 hubo brotes de peste recurrentes en Europa<sup>5</sup>, además de otras epidemias que se iban propagando por las distintas ciudades europeas. De la peste había dos variantes:

- **Peste bubónica**, la que se transmitía por las pulgas de las ratas. Era la más mortífera y el brote más importante se produjo hacia 1648 en España, siendo la mayor crisis epidémica que padeció Sevilla en la que murieron al menos 60.000 personas, el equivalente al 46% de la población.
- **Peste neumónica o pulmonar**, la cual afecta gravemente a los pulmones. Los primeros síntomas producían fiebre, mareos, dolor de cabeza y debilidad, además de una neumonía que dificultaba la respiración.

Las medidas que solían tomar cuando detectaban un brote de epidemia era trasladarse al campo, es decir, a las zonas rurales. Sin embargo, en la mayoría de los casos, lo que hacían era propagar aún más la enfermedad, ya que algunas personas que ya estaban contagiadas se trasladaban al campo y seguían propagando la enfermedad.

Además de la peste había otras enfermedades mortíferas que preocupaban a la población. En general, las enfermedades que más les preocupaban eran las que tenían que ver con el aparato respiratorio. El tifus era una enfermedad muy habitual en las zonas más deprimidas, la cual producía fiebre y escalofríos, acabando rápidamente con los enfermos. La malaria, la cual se transmite mediante el mosquito, no era tan mortal, pero dejaba numerosos enfermos. Las enfermedades que tenían que ver con la

---

<sup>5</sup>. Para más información sobre este tema consultar la obra de José Luis Betrán Moya *Historia de las epidemias en España y sus colonias (1348-1919)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006 y *La peste en la Barcelona de los Austrias*, Lleida, Mileno, 1996.

gastroenteritis también eran alarmantes para la población. Estas se propagaban sobre todo en verano, ya que en esta época solía escasear el agua potable para ser ingerida y eran más proclives a contraer este tipo de enfermedades. La viruela producía fiebres altas y solía dejar marcas en el rostro. Esta fue una de las enfermedades que exportaron los europeos a América. Ya en el siglo XVIII, en el Imperio Turco se empezó a experimentar una especie de vacuna que tenía ciertos resultados positivos para esta enfermedad. La sífilis hizo el camino contrario que la viruela, en este caso se propagó por Europa proveniente de América y se transmitía mediante relaciones sexuales, siendo una enfermedad mal vista en la sociedad, ya que se relacionaba con la lujuria. En España esta enfermedad era conocida como “el mal alemán”, haciendo referencia a los protestantes, los holandeses la llamaron “el mal de los españoles” y los turcos “el mal de los cristianos”. También preocupaba mucho entre la sociedad las enfermedades infantiles, como el sarampión o la varicela.

Como trasfondo de este miedo que tenían a las enfermedades está la mala alimentación y la poca higiene que había, por lo que eran más propicios a contraer enfermedades. La pobreza también era un rasgo característico, ya que los más adinerados tenían más medios para evitar caer enfermos. Por tanto, empezarán a ser conscientes de que las enfermedades se contagiaban y una de las medidas que empezaron a proponer tenía que ver con el cuidado de la higiene personal. Hasta el siglo XVIII se desconocían, en la mayoría de los casos, el origen de todas estas enfermedades, y será entonces cuando se empiecen a escribir los síntomas y patologías de las diferentes enfermedades que contraían para tener así un mayor control sobre ellas.

### **2.3 La percepción de la muerte en la Edad Moderna.**

Muchas de las ideas y del pensamiento bajomedieval se trasladaron a la época moderna y siguieron vigentes, como la creencia en el más allá y, por el contrario, también había personas que seguían sin creer, los denominados herejes. El testar y el ir al notario también se consolidó durante la Edad Moderna y es que la justificación principal de testar era sencilla: dejar por escrito el reparto que se hacía de los bienes que disponía el fallecido y a quienes les dejaba la herencia. El testador debía de ser claro a quien dejaba la herencia y el qué, ya que así se evitaban posibles disputas entre los herederos. Tenemos fuentes que corroboran todo esto y solían reflejarse en las últimas



voluntades, donde señalaban que testaban por razón de “evitar discordias entre mis parientes por causa de mis bienes”.<sup>6</sup>

La muerte en la Edad Moderna ocupó un papel crucial en la configuración de la mentalidad colectiva y es que, para los cristianos, la muerte no suponía el final. Todo se encontraba regido por la religión y la iglesia y dicha concepción se fue fraguando hasta instaurarse en el ideario colectivo. Así pues, para que el alma pudiese vivir en paz y durante la eternidad, eran claves las acciones llevadas a cabo durante la vida terrenal, ya que el cuerpo y el alma se dividían. Durante toda la vida las personas eran advertidas de lo que les podía ocurrir en el más allá si actuaban de una forma o de otra, por lo que aquellos que hubiesen obrado adecuadamente gozarían de gloria y paz, mientras que los malos sufrirían los castigos perpetuos del infierno.

Nos vamos a encontrar en una época sacudida por toda clase de calamidades, siendo el siglo XVI y XVII años de decadencia demográfica (Pérez, 1980), por tanto, es en este ambiente donde los clérigos, teólogos y moralistas utilicen el tema de la muerte para ayudar a la doctrina oficial a asentar sus bases en unos momentos de graves conflictos espirituales. Los tratados de preparación de la muerte se incluyeron en el proceso de evangelización de seglares poco instruidos.

Según Antonia Morel D’Arleux se diferencian varios periodos y una evolución clara en los tratados de preparación a la muerte (Morel, 1990):

- Finales del siglo XV: el *Ars moriendi*
- Primera mitad del siglo XVI: las *Artes de bien morir y de bien vivir*
- Últimos años del siglo XVI y primera mitad del XVII: los tratados de la Contrarreforma

La primera novedad que van a tener las nuevas *Artes* que se van a publicar desde el siglo XVI es la escasez de grabados, aunque en algunas ediciones sí que aparecerán, pero serán representaciones muy similares al primitivo *Ars moriendi*. Rodrigo de Santaella editará la obra con el nombre de *Arte de bien morir*, sin precisar fecha ni

---

<sup>6</sup>. Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza, Juan de Barrachina, 1468, f. 103v; Catalina Cervera, doncella, gravemente enferma y temiendo morir dictaba testamento para que entre sus hermanos no se suscitara discordia por el reparto de sus bienes. Sacado del artículo “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa” de María del Carmen García Herrero y María Isabel Falcón Pérez, en *En la España Medieval*, 2006, pág. 159.

lugar, aunque los investigadores la sitúan entre 1500 y 1504 en Sevilla. Esta edición consta de capítulos muy similares al *Ars moriendi*, pero también hará mucho hincapié en el papel fundamental que debía de tener el sacerdote como amigo, consejero y confesor del moribundo (ibíd.).

Para los humanistas de la época, el arte de bien morir no se reducía a preparar los últimos instantes, sino que suponía todo un arte de vivir cristianamente. Entre 1535 y 1559, las distintas ediciones castellanas tendrán un enfoque pedagógico distinto, ya que ahora se centrarán más en formar espiritualmente al cristiano. La máxima de “vivir bien para morir mejor” será la principal preocupación de todos los tratados que se publiquen en la modernidad. Todos los tratados y manuales que se publican hasta finales del siglo XVI tenían la intención de familiarizarse con la agonía, aunque otros adoptaron la forma de sermón, como el *Discurso del temor a la muerte y el desseo de la vida* (1586) de Pedro de Vallés. La mayoría de estos tratados iban dedicados al clero y a las élites intelectuales, a diferencia de los primeros manuales del *Ars moriendi*, los cuales estaban enfocados al grueso de la sociedad europea. Sin embargo, el deseo de divulgar el tema entre la gente del pueblo es una constante en el siglo XVI, como lo indican las hojas sueltas y los pliegos de cordel que circulaban.

Tal fue la importancia y la divulgación de estos manuales de la buena muerte durante estos siglos, que acabó impregnando la sensibilidad popular hasta el punto de integrarla en la expresión cotidiana (ibíd.). Algunos ejemplos de refranes de la época donde se ve la relación entre el bien vivir y el bien morir son los siguientes:

*“Antes morir ke ensuciar el vivir”*

*“Oi en la vida, mañana en la fuesa i mortaxa, bienaventurado el cuerpo ke por su ánima trabaxa”*

*“Uh bel morir tota la vita honora”*

*“Kien teme la muerte no goza la vida”<sup>7</sup>*

A través de los testamentos también se hicieron donaciones de bienes a fundaciones religiosas, hospitales y otras obras pías, por lo que la Iglesia también

---

<sup>7</sup>. CORREAS, Gonzalo: *Vocabulario de Refranes y Frases proverbiales*, 1625, págs. 61-167-177-411.

recibió beneficios con los testamentos y les interesaba que todos, antes de que muriesen, hubiesen redactado su testamento. No existía como tal un modelo a la hora de hacer un testamento, pero sí tenemos constancia de que en el caso aragonés había una especie de borrador que era utilizado por la mayoría de notarios y así lo describe el notario Juan de Longares a finales del siglo XV:

*Las cosas que ha mester el testament:*

*Cuerpo*

*Deudos, injurias, etc.*

*Pienso por mi ánima*

*Item, de los ditos bienes etc.*

*Legítima*

*Universal herencia*

*Tutores*

*Exsecutores*

*Aqueste yes*

*Ffeyto fue aquesto en*<sup>8</sup>

Una vez que el alma había iniciado su camino tras el juicio individual, había que hacer algo con el cuerpo del fallecido y se esperaba que recibiese un trato con respeto y honra. Esto lo sabemos porque hay constancia en los distintos testamentos que se encuentran en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. En este caso las mujeres tuvieron un papel crucial, al igual que cuando nacían las personas, ya que eran ellas quienes ayudaban a dar a luz.

Solía ser muy habitual que el fallecido dejase por escrito cómo quería que fuese enterrado y de qué manera, ya que tanto en Aragón como en otras comunidades era

---

<sup>8</sup>. Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza, Juan de longares, 1498, f. 2v. Sacado del artículo “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa” de María del Carmen García Herrero y María Isabel Falcón Pérez, en *En la España Medieval* 2006, pág. 161.

habitual que al fallecido se le vistiese con el hábito de algún religioso mendicante, especialmente el franciscano. Sin embargo, sólo los más adinerados se podían permitir el lujo de que fuesen enterrados en cajas de madera, aunque no solía ser muy habitual, a no ser que lo dejaran explícitamente escrito, de ahí la importancia de los testamentos. Como en todo el status socio-económico importó, incluso hasta en la muerte, sin hacer excepción alguna. Según el rango social y económico que tenía el testador, el cortejo fúnebre y la ceremonia de enterramiento variaba notablemente. Los más adinerados se podían permitir el lujo de que le acompañasen distintos representantes de las órdenes religiosas, al igual que los cofrades.

Las misas se empezaron a generalizar en todo el Occidente europeo desde la baja Edad Media, las cuales eran entendidas como el remedio más eficaz para auxiliar las almas, de modo que éstas se empezaron a solicitar por los testadores. El término que describía J. Chiffolleau en su obra *La comptabilité de l'Au-Delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge* (1980) como “la lógica de repetición” sólo podía estar al alcance de unos pocos, ya que sólo una minoría podía permitirse el lujo de celebrar cuantas misas quisieran. Cuantas más capellanías, aniversarios y misas se celebraran mejor. En este caso se ponía de manifiesto aún más las diferencias socioeconómicas, ya que entraba en juego la llamada “lógica de la acumulación”, pues quienes más poseían más sacrificios eucarísticos demandaban. Los días clave para las celebraciones de misas fúnebres solían ser el propio día de la defunción y los nueve días siguientes (novena). Uno de los rasgos de la modernidad y que está estrechamente relacionada con la muerte será la creciente obsesión por el tiempo, el cual, a partir del siglo XIII se empezará a concebir más lineal debido al auge del comercio (Tausiet, 2012).

Respecto a la producción de manuales del buen morir en España, como aseguran Antonio Espino López y Francisco López Molina, “*sufrieron un descenso porcentual dentro de la producción religiosa impresa a nivel hispano*” (Espino y López, 1994, págs. 325-342). En España se contabilizan una veintena de obras relacionadas con la buena muerte y el tratado de Pere Gil, uno de los más relevantes, fue escrito en el marco de la epidemia sufrida en Barcelona a finales del siglo XVI. En este caso el propósito de su obra era ayudar en el difícil tránsito de la muerte, de la buena muerte, a todos los que han llevado una buena vida a raíz de sus experiencias personales. Se puede considerar su obra el punto final de una tradición de preparaciones prácticas para la muerte y

Philippe Ariès afirma que durante los siglos XVI al XVIII las obras de espiritualidad pasaron de preparar al moribundo para la muerte a enseñar a los vivos a meditar y recapacitar sobre ella (Ariès, 1987). Para el caso francés, Roger Chartier afirma que entre 1530-1540 se produce el relevo del *Ars Moriendi* con la circulación de dos preparaciones para la muerte: el tratado de Clichtove *De doctrina moriendi opusculum necessaria ad mortem faciliter...* (1520) y *De Praeparatione ad mortem* (1534) de Erasmo (Espino y López, 1994, págs. 325-342).

Se observan tres variantes claras en los distintos manuales del buen morir: en primer lugar estarían las obras que se adecúan perfectamente a lo descrito por P. Ariès. En segundo lugar nos encontramos con unas obras que incorporan el arte de bien vivir como un manual para ayudar a bien morir, tratados como el de Alejo Venegas, Juan Martín Cordero o Tomás Trujillo entre otros, los cuales hacen hincapié en la incertidumbre de la muerte y que para afrontarla recomiendan las lecturas de estas obras (ibíd.). Y por último, estarían aquellas obras claramente destinadas a servir como guías para los confesores en los momentos finales de sus vidas. Numerosos tratadistas recomendaban la presencia de religiosos y clérigos en vez de sus familiares, ya que creían que distraían al moribundo. Por tanto, los familiares se tenían que encargar de orar y hacer obras pías por el fallecido para procurar la salvación de su alma.

Llegada la hora del entierro el difunto era trasladado a la sepultura en una procesión en la que se utilizaban todo tipo de elementos que hoy en día solemos relacionar con la muerte: el fuego, el agua, las campanas, música, incienso... Sin embargo, lo relevante de todo esto eran las personas que acompañaban la procesión, ya que verdaderamente había un temor en todo esto y se ve reflejado en los testamentos de la época, les importaba el número de personas que asistían a las exequias. “*Ni siquiera los pobres, los ajusticiados, o los que han muerto lejos de sus casas se entierran sin acompañamiento*” (de la Pascua, 1994, págs. 343-365). Las procesiones tenían un fundamento religioso evidente, pero también tenían un carácter social, ya que a través de su participación la comunidad mostraba el dolor que les producía la pérdida de uno de sus miembros. A su vez quedaba latente que cada persona tenía el tipo de entierro que le correspondía según su posición social: había alusiones a un entierro “conforme a mi estado” o “como corresponde”.

La elección del lugar de reposo del fallecido también se incluía en el concepto de buena muerte. En la Edad Moderna el lugar clave será la iglesia, donde se guardaba el cadáver para la ansiada resurrección. Aun así, como afirma María José de la Pascua Sánchez “morirse bien cuesta caro” y es que como todas las ceremonias que rodean a la muerte la capacidad adquisitiva del difunto era importante (ibíd.). León Carlos Álvarez Santaló reflejó en el prólogo de *Miedo y piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII* (1986) una idea clave y es que “*la jerarquización de las relaciones sociales del vivir se extiende casi sin cesura al morir*” y que a “*una sociedad se reconoce en sus muertos tanto o más que en sus vivos*”. Con estas dos afirmaciones nos podemos hacer a la idea de la importancia que suponía tener una buena muerte y lo relevante que es conocer el cómo actuaban y se preparaban ante ésta.

En *Práctica de ayudar a morir* (1629), Juan Bautista de Poza nos enumera una serie de ritos gestuales ligados a un ceremonial de tradición medieval, los cuales servían para proteger al moribundo de los ataques del demonio: ungirle los orificios sensoriales con los Santos Oleos, salpicarle con agua bendita, besar el crucifijo levantando los ojos al cielo o juntarle las palmas en signo de devoción (Bautista, 1629) entre otras.

Las obras de esta época exhortan a practicar la flagelación y el ayuno, la meditación y la oración, siguiendo así los postulados de San Ignacio de Loyola de los *Ejercicios Espirituales*, escritos entre 1526 y 1527. En esta obra explica cómo conseguir la salvación eterna mediante cuatro reglas precisas. Numerosos tratados de preparación a la muerte se inspiraron en esta obra. En cuanto a los tratados de mediados del siglo XVII, la oración del Padre Nuestro, el acto de adoración y de sumisión estarán presentes en la mayoría. Moralistas como Francisco de Quevedo y el Padre Nieremberg concebirán sus obras, la *Doctrina para morir* (1646) y la *Preparación a la muerte* (1643), siguiendo paso a paso sus etapas (Morel, 1990).

En definitiva, desde el siglo XVI hasta mediados del XX, para los creyentes católicos el espacio sepulcral estuvo adherido a la concepción del más allá y, por ende, inscrito dentro del sentido de la resurrección para la salvación eterna (Martínez de Sánchez, 2005).

## **I. Miedo y superstición: el mundo trastornado**

La superstición y el miedo han sido temas muy arraigados en todas las sociedades y, por ende, tratados de distinta manera según la época y el contexto en el que nos encontremos. Se suelen apoyar muchas veces en leyendas y mitos antiguos que con el tiempo se han ido transformando. El libro del Apocalipsis fue fundamental para la creación de todas estas creencias escatológicas que tenían que ver con la muerte y el final del mundo.

Durante la Edad Moderna se va a producir el auge de todas estas creencias escatológicas y el arte medieval tendrá mucha influencia con el arte gótico. Por tanto, analizando esta sociedad y con todo lo que les rodeaba, podemos comprender que todas estas creencias eran compartidas por la gran mayoría de la población. El miedo a ser culpables y pecadores creó un ambiente muy pesimista entre la población, ya que desde el pulpito se magnificaba este miedo con castigos y terrores apocalípticos. Estos miedos se difundían entre la población por diferentes medios de difusión:

- Mediante las prédicas y sermones.
- El teatro religioso.
- La iconografía medieval que permanecerá durante la Edad Moderna, tanto en la arquitectura como en la pintura y escultura.
- La imprenta también será un vehículo de transmisión social.

El milenarismo será una de las creencias más destacadas entre la sociedad, el cual se basaba en la existencia de un reino situado entre la creación del mundo y el fin de este. Cristo volvería a reinar sobre la Tierra durante mil años y serían años de felicidad completa hasta la llegada del Juicio Final.

La llegada del fin del mundo estaba muy relacionada con la anterior, en la cual se produciría la resurrección de los muertos, produciéndose así la división entre los condenados y los salvados a través del Juicio Final. En el arte es una de las imágenes más representadas junto al pecado, el cual, para librarse de éste había que confesarse. Tras el Concilio de Trento en el mundo católico se hará mucho hincapié en la importancia de confesarse. Es aquí donde entrará la figura del sacerdote, figura clave que perdonaba a los feligreses en nombre de Dios. Por tanto, uno de los elementos que

cuestionó la reforma fue este, ya que para los protestantes no hacía falta recurrir a los sacerdotes para confesarse y estar en paz con Dios. No importaba tanto las obras sino la fe, a diferencia de los católicos, donde las obras sí que eran relevantes para alcanzar la salvación.

Además, uno de los elementos que precedía el Juicio Final era el anticristo y esto lo encontramos en las epístolas de San Juan. A éste se le solía identificar como satanás o el demonio, el cual personificaba el mal y se le atribuía cualidades de engañador y seductor, lo que le hacía aún más peligroso y temido. A la hora de aparecerse existían diferentes versiones: algunos pensaban que venía de las clases más pobres y otros que era hijo de un judío. El caso es que multitudes de profetas, teólogos y tratadistas debatieron sobre este tema, incluso el propio Nostradamus. Para los protestantes lo solían identificar con la figura del Papa, mientras que para los cristianos lo relacionaban con el propio Lutero. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, los religiosos debatieron y escribieron largo y tendido sobre todos estos aspectos, ya que eran temas que preocupaban a la sociedad. Conforme iban pasando los años crecía el número de publicaciones donde se contaban casos y ejemplos claros de las apariciones del demonio en las denominadas “compilaciones de sucedidos”.

## **II. El purgatorio**

El nacimiento como tal lo establece el propio Jacques Le Goff en su obra *El nacimiento del Purgatorio* (1981) entre los años 1150 y 1250, aunque afirma que civilizaciones más antiguas, como la hindú, la egipcia o la grecorromana, fueron claves para la aportación de una imagería básica para la construcción de éste. El Purgatorio, en sus inicios, fue entendido como un infierno temporal y con el paso de los siglos cambiará hacia una imagen más positiva como lugar de tránsito hacia el paraíso. Sin embargo, para contemplar la consagración de este espacio hay que detenerse en Dante y su *Divina comedia* (1321) ya que la gran mayoría de las ideas que tenían sobre este lugar es gracias a su relato (Atenas, 2016). La invención del purgatorio o el llamado “tercer lugar” a finales del siglo XII supuso la ruptura de este esquema binario. Hasta finales del medievo se mantuvo la idea de que los muertos destinados al purgatorio eran afortunados (Tausiet, 2012). Sin embargo, algunos teóricos como san Buenaventura



eran más neutrales y afirmaban que las almas podían ser conducidas al cielo por los ángeles buenos y al infierno por los ángeles malvados.

El purgatorio fue defendido por los partidarios de la Contrarreforma y era visto desde una perspectiva mucho más esperanzadora y optimista que en los años anteriores. Cabe destacar varias localizaciones geográficas concretas, ya que pensaban que tenía un lugar físico en la Tierra: por un lado, el purgatorio de san Patricio, en Irlanda, y por otro, un lugar de purificación situado en Sicilia (ibíd.).

Ya en el siglo XV el concepto de purgatorio estaba asentado en casi toda la población como un “lugar” intermedio, el cual purificaba las almas de quienes habían muerto siendo pecadores. Era visto como un lugar de esperanza para los muertos y de consuelo para los vivos. La gran mayoría de la población había asimilado y admitido los tormentos del purgatorio, al igual que las historias que se contaban de los espíritus y los fantasmas que se presentaban para atemorizar a los vivos procedentes del purgatorio (ibíd.). El encargado de controlar este lugar fue, desde el primer momento, la Iglesia, la cual en todo momento hizo de mediadora única de los recursos utilizados para auxiliar a las almas de los difuntos<sup>9</sup>. Tal y como afirmó el dominico francés Étienne de Bourbon en su obra *Tractatus de diversis materiis praericabilibus* (siglo XIII) “el miedo al purgatorio constituía uno de los pilares fundamentales en la vida de todo cristiano [...] así como una gran devoción y entrega a la divinidad”.

El culto a las ánimas del purgatorio se desarrolló, sobre todo, tras el Concilio de Florencia de 1459 y tendrá su mayor difusión entre los siglos XVI y XVII en Europa. La consolidación del purgatorio como un nuevo escenario hizo que cambiara el pensamiento binario que se tenía de cielo-infierno, añadiendo así un “tercer lugar” y albergando un sitio intermedio entre ambos para las almas. Por tanto, ahora tendremos tres tipos de vida: la vida terrenal, la vida de la Gloria que disfrutará el alma, separada del cuerpo, tras la muerte física y la vida eterna que, tras la Resurrección de la carne, disfrutará tanto el alma como el cuerpo. Por el contrario, las tres muertes serán: la muerte física o primera muerte, común a toda la humanidad por el pecado original. La segunda muerte, la muerte del alma que acontece tras la aparición del nuevo juicio

---

<sup>9</sup>. Para el estudio del Purgatorio y del más allá cabe resaltar el estudio que realizó Jacques Le Goff en *El nacimiento del Purgatorio*, Madrid, Taurus, 1981.

particular y la tercera muerte que tiene lugar tras el Juicio Final y la Resurrección de la carne, la cual afecta por igual tanto al alma como al cuerpo (González, 2008).

Así mismo, existía en el ideario colectivo una idea que residía en la solidaridad entre vivos y muertos, es decir, en la ayuda recíproca, donde los vivos podían acortar el tiempo del purgatorio de los muertos y estos, una vez en el paraíso, intercedían ante Dios por aquellos que les habían ayudado (Tausiet, 2012). Esto también tenía mucho que ver con la idea de que ayudando a los muertos se ayudaban a sí mismos, reforzando el culto de la memoria, ya que era muy importante no dejar en el olvido a los antepasados.

Además, tal y como afirma Carlos Melero Polanco, rara vez hacían mención al purgatorio en los testamentos bajomedievales, aunque sí sabemos que creían o tenían fe en un lugar donde podían salvar su alma, ya que se esmeraban en celebrar misas y obras pías para el cuidado de su alma. Incluso en los testamentos castellanos del siglo XVII, en las cláusulas aparecen pocas referencias al purgatorio, aunque tras el Concilio de Trento aumentará su presencia en los testamentos. Las visiones y la concepción del purgatorio se fueron consolidando durante los últimos años de la Edad Media hasta la Edad Moderna, donde la Contrarreforma intensificó aún más esta concepción. Además, a lo largo del siglo XVII, algunos tratadistas de la época escribían y reflejaban en sus escritos la incertidumbre y el miedo que generaba el purgatorio entre la sociedad (Tausiet, 2005). A la sociedad se le transmitía que las penas y calamidades que sufrían en el purgatorio eran incomparables con las que se podían sufrir en la tierra, por tanto, tal y como redactaba Martín de Roa (1559-1637) en su obra *Estado de las almas del purgatorio. Correspondencia que hazen a sus bienhechores. Meditaciones y varios ejemplos a este propósito*, “que todas las penas de la vida presente, comparadas con las del purgatorio, [...] son solaz, alivio y descanso”.<sup>10</sup>

Aunque sin duda alguna el castigo que más temían y el que más repetían los tratadistas era la extrema duración de éstas, es decir, la sensación subjetiva de duración indefinida debido a lo acerbo de las penas. También la proporcionalidad que había entre los pecados cometidos y su purgación resultaba otro motivo de terror para los fieles

---

<sup>10</sup>. Del artículo de María Tausiet Carlés "Gritos del más allá. La defensa del purgatorio en la España de la Contrarreforma", En *Hispania Sacra*, 57 (115), 2005, págs. 81-108.

(ibíd.). Lo que María Tausiet ha denominado como “*infernalización*” del purgatorio, concepto que desarrolla en “Felices muertos, muertos desdichados: la infernalización del purgatorio en la España Moderna” (2013), se empezará a desarrollar desde el siglo XVII cuando el diablo se represente en un terreno que no le correspondía. Así mismo, los defensores de la concepción de que los demonios se encargaban de atormentar y perseguir a las almas aumentaron durante estos años.

Por tanto, a diferencia de la concepción que se tendrá del purgatorio a finales de la Edad Media de un lugar de purificación y salvación, nos vamos a encontrar en la Edad Moderna, y en particular en el Barroco, con una visión más negativa y pésima del purgatorio, como si de una amenaza se tratase. Sin duda alguna, como afirma Richard K. Fenn, “*no es casualidad que el purgatorio y el reloj entraran al mismo tiempo en la historia de Occidente: ambos constituían dos formas de controlar al individuo, así como dos sustitutos de la auténtica vida espiritual*”.<sup>11</sup>

El mismo Santo Tomás de Aquino afirmaba que el purgatorio estaba relacionado con el infierno de tal forma que el mismo fuego a unos los tortura y a otros los purifica, al igual que unos defendían que los ángeles visitaban a las almas, mientras que otros decían que los demonios atormentaban con todo tipo de castigos. Hasta la fecha, el “*Trattato del purgatorio*” de Santa Catalina de Génova (1447-1510) sigue siendo una de las más inspiradas reflexiones sobre el tema, en el cual no destaca tanto el aspecto macabro del purgatorio, sino que busca la verdadera alegría, felicidad y gracia en él:

*“La purificación a que están sometidas las almas en el purgatorio la experimenté yo en mi vida durante dos años. Todo cuanto constituía para mí un alivio corporal o espiritual me fue retirado gradualmente, para concluir al final: mira bien que todo cuanto es profundamente humano, nuestro Dios todopoderoso y misericordioso lo transforma radicalmente. No otra es la obra que se lleva a cabo en el purgatorio” (Cap. XIX).*<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup>. Del artículo de María Tausiet Carlés, “Felices muertos, muertos desdichados. La infernalización del purgatorio en la España moderna”, en *Estudis: Revista de historia moderna*, Nº 32, 2012, págs. 28-29.

<sup>12</sup>. Consultar la obra de Leonardo Boff *Hablemos de la otra vida*, 1994, pág. 161.

### III. El negocio de la muerte

La Iglesia se reservó el monopolio del tránsito y ejerció por completo el control espiritual y corporal de los fieles, incluso ejerció un control económico, tal y como lo demuestran los testamentos. Una forma de garantizarse un puesto en el cielo y de acortar el tiempo que pudiesen pasar en el Purgatorio era adquiriendo indulgencias y bulas. Con esto no quiere decir que comprasen la salvación, pero sí que podían tener más posibilidades, por tanto, y como consecuencia de esto, la Iglesia empezó a aumentar sus arcas económicas notablemente.

Desde finales del siglo XV, como hemos podido observar, la Iglesia empezó a codificar y uniformar la preparación a la muerte. En primer lugar, se puede observar la figura clave del sacerdote como administrador y valedor de los bienes espirituales a cambio de una mayor aportación financiera de los fieles. A su vez, hay una evidente anulación de la idea de la salvación por la justificación de la buena conducta y de la fe cristiana (Morel, 1990). Por tanto, el resultado de todo esto será el desarrollo de una doctrina centrada en conducir a los fieles a sectores colectivos para poder tener mayor control, ya sean comunidades parroquiales, cofradías y seminarios, los cuales tendrán un papel relevante hasta fines del siglo XVII en la manera de preparar la muerte (ibíd.).

Los protestantes insistieron mucho en que la Iglesia católica se estaba aprovechando de las personas a través de los sufragios que ofrecían a los muertos. Los ricos solían pagar en dinero o en especie a los más desfavorecidos, sobre todo a huérfanos, para que rogaran por sus almas. De ahí que un gran número de testamentos incluyesen limosnas a largo plazo con la esperanza de que el alma del testador se beneficiase de las oraciones de quienes recibían los legados (Tausiet, 2012). La devoción de las almas del purgatorio fue clave para la adquisición de limosnas, las cuales tenían el objetivo de perdonar los pecados (Lorenzo Pinar, 1994). En este caso, los clérigos divulgaron la creencia de que las aportaciones de los fieles sacaban un *ánima* de su estado de tormento y las cofradías jugaron un papel crucial en todo este entramado, ya que recogían las aportaciones dedicadas a las almas penitentes, bien en la iglesia o por las calles con la denominada *caja de ánimas* (ibíd.).

Las fuentes de ingresos eran variadas, destacando sobre todo el ámbito testamentario, la adquisición de limosnas, las misas, las bulas y la sepultura. En primer

lugar, a través de los testamentos y las últimas voluntades, llamadas también como *pasaportes hacia el cielo*, eran unos bienes temporales que servían para conseguir los eternos (Le Goff, 1969). El testamento refleja una clara simbiosis entre lo material y lo espiritual, repercutiendo de un modo u otro a la economía del testante, como deudas impagadas u ocultaciones en los repartos de las legítimas (Lorenzo Pinar, 1994). Cuando el fallecido moría sin haber testado suponía un problema para la familia, ya que la Iglesia actuaba y amenazaba a la familia con censuras y prohibiciones respecto a la división de la herencia. Los fallecidos *ab intestato* eran vistos como personas que estaban en desacuerdo con la buena muerte, tal y como marcaban las pautas de los teóricos (ibíd.).

Sin duda alguna, como afirman muchos historiadores, las misas han sido uno de los elementos que mejor reflejan el aspecto comercial, ya que representan el intercambio de un producto espiritual por un bien temporal (ibíd.). Algunos tratadistas calificaron el cobro de las misas de simonía, pero los defensores eclesiásticos justificaban su postura con citas bíblicas en las que se argumentaba que el obrero era digno de su salario. Las bulas, a su vez, aparte de ser otra fuente de ingresos económicos, fueron muy cuestionadas, ya que ponían en tela de juicio la capacidad pontificia para conceder tales gracias a las almas del purgatorio (ibíd.). En la Edad Moderna las Cortes elevaron sus protestas a los monarcas ante los numerosos fraudes cometidos por la emisión de bulas falsas, la tergiversación de los libros de cuentas, los engaños a los pueblos alegando que podían disfrutar de la bula de difuntos sin recibir cédulas o la revocación del valor de las bulas ya concedidas (ibíd.). También las órdenes monásticas recibieron beneficios económicos con los hábitos, sobre todo la de San Francisco, ya que muchos de los fallecidos querían ser enterrados con el hábito franciscano. Durante el siglo XVIII experimentó su auge costando 44 reales (ibíd.).

Otro de los ingresos clave para la Iglesia tenía que ver con el entierro y el lugar donde el fallecido se quería enterrar. Las tumbas en el interior de las iglesias fueron otro de los objetos de comercialización, aunque ya las famosas *Partidas* alfonsinas prohibieron la venta de sepulturas, pero no lo lograron, ya que los clérigos acabaron aceptando el dinero como limosna. Tanto las ventas de sepultura como las misas, la iglesia se encargó de calificarlas como limosna, incluso en la documentación notarial se denomina a estas transacciones *ventas de uso y servidumbre de sepulturas* (ibíd.).

Incluso en algunos pleitos se puede ver la existencia de pujas y partidismos en las asignaciones de las sepulturas.

Tras el Concilio de Trento, la llamada cuarta funeral, es decir, el derecho a la cuarta parte de lo que el difunto ordenaba distribuir a favor de su alma se consolidó. Ésta solía ser determinada tras la deducción de los gastos ocasionados por el entierro, las honras y el cabo de año, ya que todo tenía un precio que el difunto tenía que afrontar (ibíd.).

Todo esto requería una regulación de los beneficios de la muerte, ya que afectaba a los testamentos, a los herederos y a los actos litúrgicos. En este comercio de la muerte se cometieron numerosos fraudes, como la falsificación de recibos por parte de los cofrades, el no entregar a los pobres los vestidos enviados por el testante o presentar ofrendas simuladas. En este caso la Iglesia se encargó de que los herederos tuviesen que entregar a los sacerdotes un certificado firmado en el cual apareciesen el número de misas, limosnas y obras pías con el fin de evitar cualquier tipo de fraude.

A su vez, aparte de beneficiarse la iglesia, los notarios también mostraron interés en los beneficios que reportaba la muerte, firmando concordias para el reparto de los abintestatos y de los expolios episcopales (ibíd.). Tal era el interés económico de los religiosos que algunos tratadistas de la muerte criticaron sus actuaciones, ya que se tiene constancia que no acudían con la misma rapidez ni con las mismas ganas a las casas de los ricos y a la de los pobres. Algunos historiadores afirman que los pobres no se atrevían a llamar a nadie por no ser molestos y porque sabían que los clérigos solían ir de mala gana mientras que las casas de los poderosos estaban llenas de eclesiásticos, tal y como afirma Baltasar Bosch en su obra *Prácticas de visitar los enfermos y ayudar a bien morir* (1764). Estudiosos como Ángel Rodríguez Sánchez han afirmado que “*tras la canalización del mito de la inmortalidad se escondía todo un negocio en el que se perpetuaban mecanismos orientados a la obtención de dinero*” (Rodríguez, 1980, págs. 267-297).

David González Cruz, a través de los testamentos y los inventarios de bienes post-mortem, ha podido comparar y estudiar los aspectos socioeconómicos y la desigualdad que existía ante la muerte. Además, se ve claramente en el ideal cristiano la igualdad de todas las personas, incluso para la muerte, reflejada en los manuales del bien morir y las numerosas publicaciones literarias, pero, sin embargo, la realidad era otra y no reflejaba

esta igualdad de la que se hablaba. Estas diferencias en el modo de morir se ven claras en los protocolos notariales, principalmente en los testamentos. Además, les importaba más quedar bien ante los hombres realizando un ceremonial funerario acorde con su status social, ya que siempre tenían tiempo para conseguir el perdón divino concedido por la Iglesia mediante los pagos de sufragios.

Tal era el interés de los sectores populares por tener un ceremonial decente, similar al de las clases privilegiadas, que llegaban a empeñar tanto sus bienes como los de sus familias. Las diferencias entre unos y otros residían en la cantidad de sufragios, es decir, en el capital disponible, ya que todos buscaban la misma finalidad, el perdón divino. Los más pudientes podían celebrar una procesión por las calles de la población cubiertos por ataúdes de madera, mientras que le la mayoría de la población solía tener un “corto funeral”. De alguna manera existía una especie de convenio entre pobres y ricos con un trasfondo espiritual, donde los ricos daban bienes materiales a los pobres y éstos les preparaban la morada en el Cielo, consiguiendo así una redistribución de la riqueza, tal y como afirma el historiador José Gaos Bernhard Groethuysen en su obra *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* (1981).

Además, este tema lo han estudiado numerosos historiadores, como Henry Lapeyre el cual definió como “comercio honorable” o “mercader ante Dios” en su obra *Une famille de marchands* (1955).

## **2.4 El Concilio de Trento**

### **IV. Ideas generales**

El Concilio de Trento fue uno de los concilios más relevantes de la Edad Moderna cuyo principal objetivo fue la reorganización de la propia iglesia católica ante las reformas que estaban llevando a cabo los protestantes encabezados por Lutero. Tuvo tres etapas bien diferenciadas las cuales abarcan desde 1545 hasta 1563, cuando se pondrá fin al concilio. En la primera fase abordaron los temas doctrinales que plantearon los protestantes, hablando sobre las Sagradas Escrituras y su modo de interpretación. La segunda fase se centró en la revisión de los sacramentos y en la tercera fase se trató el tema de la residencia episcopal. Las ideas generales que se trataron en dicha reunión fueron para esclarecer la revelación y los fundamentos de la fe

cristiana, las tradiciones y costumbres de la fe cristiana y el ordenamiento de las jerarquías eclesiásticas.



*Sesión del Concilio de Trento, cuadro de Tiziano (siglo XVI)*

## **V. Consecuencias**

La principal consecuencia que se produjo tras finalizar el concilio fue la división de la Iglesia en dos grandes grupos: católicos y protestantes. No se llegaron a aprobar las propuestas de las reformas de Lutero y sus seguidores. Además, la aplicación de los acuerdos en cuanto a las tasas y ordenamiento eclesiástico en toda la iglesia católica, produjo la regeneración de la fe cristiana basada en la moral de la Iglesia, atrayendo así a los devotos a la participación activa en las prácticas religiosas. Se quedaron fijados los dogmas para que no fuesen inamovibles, haciendo referencia a los protestantes. La misa será considerada como un sacrificio y una acción de gracias. A su vez, las Sagradas Escrituras serán interpretadas según la tradición de la Iglesia y no como querían los protestantes con su libre interpretación. Y se reafirmarán los sacramentos, como el bautismo y el culto a los santos.

En cuanto a las misas post-mortem, éstas quedaban estipuladas en el testamento, el número de misas que quería, si iban acompañadas por cantos o no, si se celebraban en alguna festividad en concreto y quienes las debían de celebrar. Por ejemplo, Felipe II



dejó pagadas 30.000 misas post-mortem. Estas prácticas fueron muy criticadas por Lutero y se erradicarán en el mundo protestante las misas para la salvación del alma. Por el contrario, tras Trento, se potenciarán en el mundo católico. La iglesia se reorganizó para afrontar con mayor eficacia la “cura de almas” de sus fieles y para poder conseguir la salvación eterna nos encontramos con que tenían que cumplir una serie de obligaciones impuestas por la Iglesia y haber practicado la confesión y la comunión. En este caso el impacto que tuvo el Concilio de Trento será muy relevante, ya que impuso la práctica de la confesión y de la comunión con más frecuencia. Además, el concilio se mostró en contra de las prácticas mercantilistas en el cobro de limosnas a cambio de los sufragios oficiados por los clérigos. Sin embargo, la actitud de la jerarquía eclesiástica permitió con su reiterado silencio que los sacerdotes continuaran percibiendo prestaciones económicas a cambio de servicios de culto (Martínez Gil, 1990).

Se ratificó el purgatorio, también denominado “Tercer Lugar”, frente a la negación de los protestantes, pero algunas cosas no se llegaron a definir del todo (Tausiet, 2012). Con la defensa férrea del purgatorio se desarrollará una relación estrecha entre el mundo de los vivos y el de los muertos, la cual permitirá la consolidación de un sistema lucrativo con grandes consecuencias para las economías de los fieles y de la iglesia. Además, respecto al purgatorio, el concilio mantuvo una moderación que fue dejada de lado por los teólogos y escritores espirituales posteriores:

*[...] existe un purgatorio, y las almas allá detenidas son aliviadas por los sufragios de los fieles y por el Santo Sacrificio del altar. Por ello el Santo Concilio prescribe a los obispos que tengan cuidado de que la verdadera doctrina del purgatorio, recibida de los Santos Padres y de los Santos Concilios, sea en todas partes celosamente predicada, y que los cristianos sean instruidos acerca de ella, aceptándola y creyéndola [...], y que prohíban como escandaloso y ofensivo para todos los fieles todo aquello que se refiera a pura curiosidad [...]* (DS 983) <sup>13</sup>

Desde entonces la doctrina del purgatorio fue un punto de fricción entre católicos y protestantes. El concilio encontró en el arte Barroco su plenitud artística, ya que habrá

---

<sup>13</sup> Consultar *La otra dimensión. Escatología cristiana* de Juan L. Ruiz de la Peña, Santander, SAL TERRAE, 1986.

un sentimentalismo y una pasión por reflejar el dolor, la desolación y el sufrimiento. Con la Contrarreforma se logró ver los sentimientos que había más allá de la racionalidad.

### **3. Conclusiones**

Una de las principales conclusiones que saco con la elaboración de este trabajo es que, a pesar de que la gran mayoría quería tener una buena muerte, no todos se podían permitir tener la muerte que deseaban, ya que hasta en ese duro trance había una clara jerarquización social y económica.

Una segunda conclusión sería la constatación de la gran influencia que tuvo la Iglesia en la pretendida gestión de las esperanzas y los bienes de sus súbditos en el camino entre la vida terrestre y la celestial. Y es que, para que tuviesen una buena muerte, como se ha explicado, los feligreses debían cumplir y pasar por una serie de ceremonias y de trámites, los cuales suponían unos gastos económicos adicionales. El miedo servía para adoctrinar a la población. Ahí la muerte ha preocupado al ser humano durante toda la historia y en la Edad Moderna era muy relevante por mostrarse cotidiana y próxima, lo cual generaba una gran incertidumbre. Éste ha sido uno de los objetivos que me ha llevado a la realización de este trabajo, conocer y estudiar en profundidad las actitudes que les llevaron a redactar estos manuales y la importancia que le daban tener una buena muerte. Por tanto, para conocer en profundidad esta época ha sido inevitable conocer sus antecedentes, es decir, lo que aconteció a finales del medievo, ya que lo que surgió durante estos años influyó en el imaginario colectivo.

Personalmente, este ejercicio me ha servido para conocer el pensamiento colectivo que tenían sobre la muerte, cómo se enfrentaban a ella y los temores que ésta suscitaba entre los seres humanos del Antiguo Régimen occidental. Concluido, he reafirmado mis necesidades, así como la certeza de que la historia es una ciencia interdisciplinar, dependiente o vinculada en buena medida a otras áreas del saber cómo pueden ser la antropología, la filología, la filosofía, la teología, la medicina, etc. Confío en poder seguir leyendo, investigando y abriendo nuevos horizontes para mi conocimiento.

#### 4. Relación de fuentes, bibliografía y recursos o materiales utilizados

- ALBEROLA ROMÁ, A. (ed.), *Riesgo, desastre y miedo en la península Ibérica y México durante la Edad Modern*, Universidad de Alicante, Colegio de Michoacán, 2017.
- AÑUA TEJEDOR, D., "El Ars moriendi: ¿un manual del buen morir?", en *Erebea: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Volumen 7, 2017, págs. 225-252.
- ARCAS CAMPOY, M., *Miedo, muerte y vida en la escatología de la Guerra Santa*, 2002, págs. 63-69.
- ARIÈS, P., *La muerte en Occidente*, Madrid, Argos Vergara, 1982.
- ARIÈS, P., *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1987.
- ARIÈS, P., *Historia de la muerte en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, El Acantilado, 2000.
- ASTUDILLO ALARCÓN, W. y MENDINUETA, C., "Necesidades de los enfermos en el final de la vida", en *Ars Medica*, Issue 11, 2005.
- ATENAS GARCÍA-HUIDOBRO, O., "Jacques Le Goff, El nacimiento del purgatorio", en *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Volumen 12, 2016, págs. 98-103.
- AURELL i CARDONA, J. y PAVON BENITO, J., "Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval", en *Ars bene moriendi. La muerte amiga*, EUNSA, 2002, págs. 295-300.
- BAUTISTA de POZA, J., "Práctica de ayudar a morir", 1629, en *Artes de bien morir: Ars moriendide la Edad Media y del siglo de Oro*, Madrid, 2003, págs. 179-184.
- BAEHREL, R., "Epidemie et terreur, Historie et Sociologie", en *Annales Historiques de la Revolution française*, nº XXIII. 1951.
- BECON, J. J., *Breve tratado de la Peste y fiebre pestilente*, Zaragoza, 1655.
- BETRÁN MOYA, J. L. y GARCÍA CARCEL, R., *La peste en la Barcelona de los Austrias*, Lleida, Mileno, 1996.
- BETRÁN MOYA, J. L., *Historia de las epidemias en España y sus colonias (1348-1919)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

- BUENO DOMÍNGUEZ, M. L., *Las emociones medievales: el amor, el miedo y la muerte*, Vínculos de Historia, Nº 4, 2015, págs. 72-90.
- CARDERO LÓPEZ, J. L., *Monstruos: muertos y dioses oscuros: el miedo y lo sagrado*, Madrid, Aguilar, 2007.
- CARMONA, J. I., *Crónica del malvivir (XIV-XVII)*, Universidad de Sevilla, 2000.
- CARMONA, J. I., *Enfermedad y sociedad en los primeros tiempos modernos*, Universidad de Sevilla, 2005.
- CARO BAROJA, J., *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal, 1978.
- CASEY, J., *Historia de la familia*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
- CENTINI, M., *El libro de las supersticiones*, Barcelona, DVE editores, 2012.
- CIPOLLA, C. M., *Contra un enemigo mortal e invisible*, Barcelona, 1993.
- CORREAS, G., *Vocabulario de Refranes y Frases proverbiales*, 1627, págs. 61-167-177-411.
- DEFOE, D., *A Journal of the Plague Year*, London, 1722.
- DELUMEAU, J., *El miedo en Occidente, S. XIV-XVIII*, Madrid, Alianza, 1989.
- De las HERAS, J. L., "Religiosidad, herencia inmaterial y actitudes ante la muerte del clero catedralicio salmantino en la Edad Moderna", en *Tiempos modernos: Revista Electrónica de Historia Moderna*, Vol.9, Nº.36, 2018.
- De la PASCUA SÁNCHEZ, M. J., "La solidaridad como elemento del "bien morir". La preparación de la muerte en el siglo XVIII (el caso de Cádiz)", en *Muerte, religiosidad y cultura popular. siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994 págs. 343-365.
- De la PASCUA SÁNCHEZ, M. J., *Epidemias y muerte: Una presencia permanente. Andalucía en la historia*, Nº.50 (La Historia de Andalucía en 50 palabras), 2015, págs. 64-65.
- ELIAS, N., *La soledad de los moribundos*, Madrid, FCE, 1987.

- ESPINO LÓPEZ, A. y LÓPEZ MOLINA, F., "El arte de bien morir del jesuita Padre Pere Gil", en *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, págs. 325-342.
- FALCÓN PÉREZ, M. I. y GARCÍA HERRERO, M. d. C., En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa, en *En la España medieval*, 2006, págs. 153-186.
- GARCÍA CÁRCEL, R., "La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen (Aproximación metodológica)", en *La documentación notarial y la historia Actas del II Coloquio de metodología histórica aplicada*, Santiago de Compostela, 1984, págs. 115-124.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T., SAQUERO SUÁREZ, P. y CAEROLS PÉREZ, J. J., *Ars moriendi: el "Ars moriendi" en sus versiones latina, castellana y catalana: introducción, edición crítica y estudio*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2008.
- GOOTTFRIED, R., *La muerte negra: desastres naturales y humanos en la Europa medieval*, México, FCE, 1989.
- HAINDL UGARTE, A. L., "Ars bene moriendi, el arte de la Buena Muerte", en *Revista Chilena de Estudios Medievales*, Nº.3, 2013, págs. 89-108.
- HAINDL UGARTE, A. L., "La idea del Purgatorio en la Edad Media: Organización y definición de una tradición", en *Revista de historia*, Vol. 23, Nº.1, 2016, págs. 53-72.
- HAINDL UGARTE, A. L., 2009. *Historias del Orbis Terrarum*. [En línea] Available at: <https://historiasdelorbisterrarum.files.wordpress.com/2008/11/ana-luisa-haindl-muerte-en-la-edad-media.pdf>. [Último acceso: 19 10 2019].
- KÜBLER-ROSS, E., *Sobre la muerte y los moribundos*, Barcelona, Grijalbo, 1993.
- LE GOFF, J., *La civilización del Occidente Medieval*, Barcelona, 1969.
- LE GOFF, J., *El nacimiento del Purgatorio*, Madrid, Taurus, 1981.
- LORENZO PINAR, F. J., "El comercio de la muerte en la Edad Moderna. El caso de Zamora", en *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, págs. 434-448.

- LORENZO PINAR, F. J., "La familia y la herencia en la Edad Moderna zamorana a través de los testamentos", en *Studia histórica. Historia moderna*, Nº 9, 1991, págs. 159-202.
- MAISO, J., *La peste aragonesa de 1648 a 1654*, Zaragoza, Estudios/80, Departamento de Historia Moderna, 1982.
- MARTÍNEZ de SÁNCHEZ, A. M., 2005. *Hispania Sacra*. [En línea] Available at: <http://hispaniasacra.revistas.csic.es/index.php/hispaniasacra/article/view/119> [Último acceso: 02 11 2019].
- MARTÍNEZ GIL, F., *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1990.
- MITRE FERNÁNDEZ, E., "La preparacion ante la muerte en torno a 1300", en *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 1986-1987, págs. 219-230.
- MITRE FERNÁNDEZ, E., "La muerte y sus discursos dominantes entre los siglos XIII y XV", en *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, págs. 30-31.
- MOREL D'ARLEUX, A., "Tratados de preparacion a la muerte. Aproximación metodológica", en *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, 1990, págs. 719-734.
- MORENO ALMÁRCEGUI, A., "La población Española: 1500-1860", en *Historia de España en la Edad Moderna*, (coord.) Alfredo Floristán Samanes, Ariel Historia, 2004.
- MOYA SORDO, V., *El miedo en el escenario del viaje atlántico ibérico, siglos XV-XVI*, Cuadernos de estudios gallegos, T. 60, Nº. 126, 2013, págs. 225-253.
- NATHAN BRAVO, E., *El diablo y las brujas: una religiosidad del miedo*, Medievalia, Nº.50, 2018, págs. 237-245.
- PÉREZ MOREDA, V., *La crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1980.
- RIVAS ALVAREZ, J. A., *Miedo y piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII*, Sevilla, Diputación Provincial, 1986.

- RODRIGUEZ SÁNCHEZ, Á., "Morir en Extremadura: una primera aproximación", en *Norba: Revista de arte, geografía e historia*, Issue 1, 1980, págs. 267-297.
- RODRIGUEZ SÁNCHEZ, Á., "La muerte en España: del miedo a la resignación", en *Muerte, Religiosidad y Cultura Popular. Siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, págs. 35-52.
- RUCQUOI, A., "De la resignación al miedo: la muerte en Castilla en el s. XV" en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media: ciclo de conferencias*, 1986, págs. 51-66.
- RUIZ de la PEÑA, J. A., *La otra dimensión. Escatología cristiana*, Santander, SAL TERRAE, 1986.
- SANMARTÍN BASTIDA, R., *El arte de morir. La puesta en escena de la muerte en un tratado del siglo XV*, Madrid, Iberoamericana, 2006.
- SANTOS de la MORENA, B., *Sobre suicidio y duelo: el Concilio de Trento y el tema de la muerte en el Persiles*, 2017, págs. 183-200.
- SARRIÓN MORA, A., *El miedo al otro en la España del siglo XVII: proceso y muerte de Beltrán Campana*, Universidad de Castilla-La Mancha, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2016.
- SESMA MUÑOZ, J. Á., LALIENA CORBERA, C., GARCÍA HERRERO, M. d. C. y SAN VICENTE PINO, Á., *Un año en la historia de Aragón, 1492*. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón (CAI), 1992, pág 372.
- TAUSIET CARLÉS, M., "Gritos del más allá. La defensa del purgatorio en la España de la Contrarreforma" en *Hispania Sacra*, 57(115), 2005, págs. 81-108.
- TAUSIET CARLÉS, M., "Felices muertos, muertos desdichados. La infernalización del purgatorio en la España moderna", en *Estudis: Revista de historia moderna*, Issue 38, 2012, págs. 9-32.
- THOMPSON HANSEN, L. A., *La ansiedad ante la muerte y el propósito en la vida en fin de vida*, Universidad de Deusto, 1997.

VON WOBESER, G., *Certezas, incertidumbres y expectativas en torno a la salvación del alma, creencias escatológicas en Nueva España, siglos XVI-XVIII*, Historia mexicana, Vol. 61, N°.4, 2012, págs. 1311-1348.